

## **Capítulo 5. El fenómeno de las pandillas en Honduras**

Este capítulo hace una reconstrucción histórica de las pandillas en Honduras. Primero, estudia la transformación de pandillas locales a las dos pandillas principales del país, la Mara Salvatrucha (MS) y la 18. Luego, se exponen las principales estrategias territoriales de las pandillas en el marco de la pandilla como enclave social en el espacio político hondureño.

El capítulo está estructurado en cuatro partes, la primera trata sobre los jóvenes hondureños y su ingreso a las pandillas, particularmente en los noventa, como signo de la transformación de la juventud hondureña. La segunda parte refiere a la organización de la pandilla, particularmente en relación a su territorio. La tercera refiere a aspectos simbólicos, de identidad y subjetividad en las pandillas, es decir la vida en la pandilla. La cuarta parte trata sobre la territorialidad de la pandilla, i.e. el intento por controlar personas y/o objetos controlando áreas específicas.

### **5.1. Los jóvenes en Honduras**

Poco se sabe sobre los jóvenes hondureños aparte de datos demográficos y cifras respecto su participación en varias actividades de la sociedad, e.g. asistencia a la escuela, participación en política y movimientos sociales, acceso a la salud, entre otros. Los pocos estudios que existen sobre esta población se centran principalmente en su participación en actividades ‘anómicas’, principalmente la delincuencia, la cual incrementó en los años noventa y cuyo principal protagonista fueron jóvenes (Salomón et al. 1999). Estos mismos estudios detectaron la participación significativamente alta de jóvenes populares en pandillas violentas señalándola como un fenómeno social que reflejaba la crítica situación de la juventud hondureña. Aparte de su actividad en pandillas o delincuencia, otras actividades de los jóvenes hondureños permanecen relativamente invisibles.

La invisibilidad de los jóvenes hondureños se refleja en la escasez de reportes e informes nacionales sobre esta población en particular. El último informe nacional encontrado sobre la situación de jóvenes hondureños fue elaborado por el Consejo Nacional de la Juventud (CONJUVE) en 1996, instituto ahora inexistente. Esto conduce a buscar y depender de información elaborada por institutos internacionales, principalmente las Naciones Unidas y sus diferentes organizaciones (e.g. UNICEF, PNUD).

En su último reporte sobre la juventud, las Naciones Unidas establece que el

20.8% de la población en Honduras son jóvenes, esto es, personas cuya edad oscila entre los 15-24 años (Youth World Report; Latin America, UN, 2007). Honduras es un país cuya población es predominantemente joven y la cual va en crecimiento. En la última década ha habido mejoras en cuanto el acceso a la educación pública, sin embargo, Honduras es uno de los países cuyo acceso a la educación es de las bajas de la región latinoamericana y de los que presentan altos niveles de deserción, sobre todo, entre jóvenes urbanos de extracto popular y/o de escasos recursos económicos (CEPAL 2000). Por ejemplo, un 54% de jóvenes masculinos y 57.4% de jóvenes mujeres urbanos entre los 13-19 años asisten la escuela, esto es considerablemente bajo comparado con el resto de los países centroamericanos: El Salvador 72.7% jóvenes masculinos y 62.6% jóvenes mujeres, Guatemala 70.2% jóvenes masculinos y 58.1% jóvenes femeninos, Nicaragua 58% jóvenes masculinos y 65.1% jóvenes femeninos, Costa Rica 79.9% jóvenes masculinos y 76.7% jóvenes mujeres. La situación es aún peor para mujeres, jóvenes rurales y jóvenes indígenas. Las jóvenes adolescentes de extracto popular y/o de escasos recursos tienden a abandonar la escuela secundaria más que los jóvenes, mientras las áreas rurales no cuentan con una cobertura total de escuelas públicas, el acceso a la educación es materialmente difícil.

En el único censo disponible se estimaba que jóvenes indígenas sumaban alrededor de 15 mil en 1996, se desconoce si esta cifra ha incrementado o decrecido en los últimos años (CONJUVE 1996). Un 51% de estos jóvenes pertenecen al grupo étnico Misquito, que habitan la zona nororiental del país. 42.5% de estos jóvenes son Garífunas, la comunidad negra que habita la costa norte. Los Garífunas y los Misquitos componen los grupos étnicos más grandes de Honduras, la mayoría de jóvenes indígenas pertenecen a uno de los dos. Las otras etnias son los Lencas, los Tolupanes o Xicaques, los Pech y los Tawahkas sumando sólo un 6.5% de jóvenes. 95% de los jóvenes indígenas viven en el área rural, la mayoría de ellos tienen poco o ningún acceso a servicios sociales, en especial educación y salud. Fuera de estas cifras, ciertamente desactualizadas, poco o nada se sabe sobre jóvenes étnicos hondureños.

La situación laboral y/o de empleo de los jóvenes hondureños es crítica, inestable, con acceso limitado a servicios públicos. Esta situación no tiene señas de mejoras, como establece el reporte de Naciones Unidas, “it is worse today than 15 years ago” (2007: 55). Una gran parte de los jóvenes entre los 15-19 años ni asisten a la escuela ni están trabajando (cifras en el caso de Honduras no aparecen en este

reporte).

El Virus de Inmunodeficiencia Humana y Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (VIH/SIDA) son relativamente altos en la población joven hondureña, Honduras es uno de los países mayor afectados por la epidemia (la tasa de prevalencia es de 1.5 (Youth World Report, UN 2007). Poco se sabe sobre formas predominantes de transmisión o medidas de prevención, el reporte nacional de CONJUVE (1996) sólo establece que el 60% de los portadores del VIH son menores de 25 años.

La migración internacional es otro aspecto relevante de los jóvenes hondureños, en los últimos años ha causado cambios en la demografía del país. La posición geográfica de Honduras cerca de países con una economía más sólida, e.g. México y Estados Unidos, ha hecho que la migración internacional hacia estos países sea una alternativa. Jóvenes emigrantes están más expuestos a la explotación laboral, sobre todo, si son ilegales. Estados Unidos es el destino principal: 2.9 millones —es decir, 16%- de los inmigrantes hispanos tenían entre 15-24 años; 2.5 millones de estos inmigrantes eran de México y Centro América.

La participación política de los jóvenes hondureños ha ido decreciendo, notándose una apatía hacia las instituciones políticas estatales y hacia la democracia en general. Cerca del 45% de los jóvenes manifestó apoyar la democracia, mientras cerca del 35% dijo estar satisfecho con la democracia. En ambos casos no alcanzan siquiera la mitad de la población joven hondureña. Muchos manifiestan tener poca confianza en las instituciones principales del estados (e.g. justicia, congreso). La baja participación política parece estar relacionada a esta desconfianza hacia las instituciones estatales, pero la baja participación también está relacionada con la disolución y prohibición de todo tipo de organización estudiantil en los ochentas por parte del estado. En los cincuentas, los jóvenes participaron activamente en un movimiento juvenil conformado por grupos universitarios, estudiantiles, campesinas y obreros; en los ochentas dichas organizaciones estudiantiles fueron prohibidas en el marco de las guerras civiles de la región para evitar la difusión de ideas de izquierda, o bien una organización insurgente. La prohibición de organizaciones formales estudiantiles era aún vigente en 1996. Esta privación de organización social y política formal puede ser uno de los motivos centrales de la poca participación general (incluso exclusión) de jóvenes en muchos espacios políticos. Como indica el informe de CONJUVE, jóvenes hondureños apenas habían desarrollado herramientas políticas en varias áreas como, por ejemplo, democracia, formas de organización formal,

“(Los jóvenes apenas tenían) desenvolvimiento democrático, participación política, organización juvenil, participación de foros de opinión (o) el establecimiento de un movimiento juvenil como grupo de presión social propiamente tal” (CONJUVE 1996:10).

Los pocos espacios para participación juvenil son organizaciones culturales, deportivas, religiosas, los cuales están al margen de la participación política y social.

El estado hondureño comenzó a implementar iniciativas respecto la juventud en los sesentas: el servicio voluntario, por ejemplo, fue una modalidad de participación juvenil. Sin embargo, muchas de las iniciativas, e.g. el Plan de Desarrollo Humano, Infancia y Juventud, Plan Nacional de Juventud, han sido acciones aisladas y no han tenido impacto significativo, por ejemplo, en la configuración de un movimiento juvenil significativo (CONJUVE 1996). Actualmente, el estado de Honduras cuenta con dos instituciones que se ocupan de los jóvenes: el Instituto Nacional de la Juventud (INJ) y el Instituto Hondureño de la Niñez y la Familia (IHNFA).

Donde más se visibilizan los jóvenes hondureños es en sus actividades delincuenciales y violentas, y en su participación en pandillas. La violencia social en sus diferentes formas (delincuencia, robo, hurto) incrementó significativamente en Centro América en los noventas. Según los principales diarios del país, la mayoría de estos actos violentos eran realizados por jóvenes delincuentes y por jóvenes miembros de pandillas. Las pandillas eran especialmente preocupantes. Desde los cincuentas, cuando los jóvenes participaron en diferentes movimientos sociales, ninguna otra organización social había tenido tan alta convocatoria entre los jóvenes. A finales de los noventas, los diarios y la policía estimaban alrededor de 30 mil jóvenes en pandillas. Pese a que este no era una cifra oficial, lo relevante de observar aquí es que el ingreso de jóvenes en pandillas indicaba una transformación de los jóvenes populares hondureños.

## **5.2. Pandillas, jóvenes, y la llegada de la *Mara Salvatrucha* y la 18**

Poco se sabe de las pandillas hondureñas, comenzaron a cobrar interés sólo a finales de los noventas cuando su alta convocatoria entre jóvenes populares y su asociación con la violencia social se hicieron visibles y notorias. La existencia de pandillas es, sin embargo, anterior a esta década. Las primeras pandillas surgieron en

los sesentas y setentas principalmente en los colegios; aún se desconocen factores y motivos de ingreso, su estructura de organización, como también sus actividades. Tampoco se sabe mucho de las pandillas en los ochentas, excepto que parecían ser el antecedente de las pandillas en la década siguiente al tomar un matiz más agresivo (PNUD 2003).

Lo cierto es que en los noventas se notaron cambios sustanciales en varios aspectos de las pandillas locales. Estos cambios eran: la afiliación de las pandillas locales existentes a dos pandillas principales llamadas la Mara Salvatrucha (MS) y la 18, una organización más estructurada, la adopción y reproducción de referencias simbólicas e identitarias más definidas y complejas –la mayoría de éstos símbolos pertenecientes a la MS y la 18- y la institucionalización de prácticas más violentas (Salomón 1999, ERIC et al. 2001, Save the Children/ACJ 2002, Peetz 2004). Asimismo, se observó el ingreso masivo de jóvenes a la MS o la 18, como también a algunas pandillas locales sueltas, e.g. “Los Vatos Locos” y “Los Mao Mao”, no obstante, con matiz agresivo. ¿Cuál era el atractivo de las pandillas? Los jóvenes manifestaban principalmente motivos afectivos relacionados con el “poder ser alguien”, es decir, con el poder construir una identidad, la cual era posible estando en la pandilla. Además, la pandilla proporcionaba a los jóvenes espacios de socialización prácticamente inexistentes en las instituciones estatales con las cuales los jóvenes tenían más contacto: la escuela y la familia. En este sentido, la pandilla era el grupo paritario por excelencia, proporcionando la posibilidad de construir lazos permanentes de solidaridad hacia el grupo y los miembros, no obstante, con matices de violencia,

“(la pandilla proporciona) signos de solidaridad y hermandad al interior de su grupo diferenciado, pero con notoria agresividad frente a las otras agrupaciones y, más recientemente, ante la sociedad en general” (PNUD 2003: 145).

La transformación de las pandillas locales y la alta convocatoria de las pandillas en general fueron interpretadas como un síntoma crítico de la juventud hondureña, era “una respuesta (de los jóvenes) frente a la ausencia de referentes y espacios de integración” (PNUD 2003: 145). Algo estaba pasando para que jóvenes repentinamente se sintieran atraídos hacia un tipo de organización que privilegiaba el uso de la violencia como medio de relación social.

La ausencia de espacios de integración y socialización, la erosión de

instituciones como la familia y la escuela, y la ausencia de referentes en general jugaron un papel relevante en la consolidación de las pandillas como alternativa de juventud. Veamos estos factores relevantes con más detenimiento. Organizaciones estudiantiles, como mencioné anteriormente, fueron prohibidas por parte del gobierno durante los ochentas, considerándolas una amenaza a la Seguridad Nacional del país<sup>1</sup>. La organización estudiantil se realizaba en la escuela, tradicionalmente una de las principales instituciones estatales de disciplinamiento y socialización. Con la prohibición de la organización formal, los jóvenes se vieron obligados, o bien relegados a formas informales de organización<sup>2</sup>. En este contexto de ausencia de participación u organización formal, es apenas lógico que la pandilla se convirtiera no sólo en el único espacio de socialización, sino en la única forma de organización accesible a los jóvenes. Por otro lado, esto explica por qué particularmente en los ochentas surgieron más pandillas que ya no estaban necesariamente ligadas a la vida y actividad escolar como había ocurrido en las décadas anteriores.

La pandilla como única alternativa para jóvenes no surge únicamente por la prohibición de organizaciones formales, hay otros factores en juego, en especial la escuela y la familia. ¿Qué estaba pasando allí? La escuela como institución estatal fue instituida durante la Reforma Liberal a finales del siglo XIX; promovió la educación pública para todos los hondureños. La realidad era otra. Actualmente, Honduras es uno de los países con mayor desigualdad educativa en América Latina, su acceso es reducido, limitado y excluye a algunos sectores, e.g. grupos indígenas, el sector rural y algunos sectores urbanos. El analfabetismo es aún alto, en el campo se estima que 26.5% de la población rural es analfabeta; en el área urbano se estima que el 9.5% de la población es analfabeta. El poco acceso a la educación pública se debe en gran parte a la pobreza de las poblaciones, pero también a la insuficiente cobertura de

---

<sup>1</sup> La Doctrina de Seguridad Nacional fue introducida por el gobierno –en realidad, fue iniciativa del Gen. Gustavo Álvarez Martínez, jefe de las Fuerzas Armadas- en los ochentas como medida o estrategia de contrainsurgencia por las guerra civiles que se desataron en la región, particularmente El Salvador y Guatemala; y la contrarrevolución Sandinista en Nicaragua. Honduras y Costa Rica fueron los únicos países que no tuvieron conflicto armado ni guerra civil por lo que era, hasta cierto punto, paradójico que se introdujera una Doctrina de Seguridad Nacional en un país cuya insurgencia no era para nada amenazante. Aun así, en el marco de esta doctrina quedó terminante prohibido *todo* tipo de organización social formal en Honduras, e.g. sindical, magisterio, campesina, y estudiantil.

<sup>2</sup> En los ochentas, los militares, bajo el mando del Gen. Gustavo Álvarez Martínez, desataron un “reino de terror” jamás conocido por los hondureños. Uno de sus batallones, el 3-16 conocido como el “batallón de la muerte” se dedicó a encarcelar, torturar, desaparecer, y asesinar cualquier sospechoso de izquierda, entre los cuales cayeron líderes sindicalistas, estudiantiles, campesinos. Las cifras de desaparecidos y muertes durante esta década no se comparan a las de las dictaduras de Chile o Argentina, no obstante, eran altas para Honduras.

escuelas en el territorio nacional, sobretodo en las áreas rurales y zonas marginales de las ciudades. Es decir, existe poca reproducción material del instituto estatal escolar en el país, haciendo difícil aspectos tan centrales para un estado como su propia reproducción simbólica mediante la transmisión de historias y símbolos nacionales a la población. Además de la insuficiencia de escuelas, las pocas escuelas que había estaban atravesando por dificultades. Los años de escolaridad eran relativamente bajos; en 2006, estos años se estimaron en 6.8 años, mientras que en el área rural eran apenas 4 años (PNUD 2006). Como mencioné anteriormente, Honduras es de los países en América Latina con mayor deserción escolar. Muchos jóvenes abandonan la escuela por razones económicas. Esta no es la única razón; existe una apatía hacia la escuela en general debido a la baja calidad del sistema educativo,

“El sistema educativo hondureño no tiene la capacidad para llevar y retener a los adolescentes a la educación secundaria, con lo que una buena oportunidad de bienestar son así restringidas para ellos” (PNUD 2003: 148).

Esta desafección hacia la escuela, la cual significa una erosión de la institución escolar, deja a una buena proporción de jóvenes a buscar empleo informal o a no hacer nada en particular. No es extraño, entonces, que en los noventa muchos jóvenes entre los 15-19 años no estaban “haciendo nada”, haciéndolos más propensos a buscar espacios de socialización –tradicionalmente proporcionada por la escuela- y grupos paritarios fuera del ámbito escolar, como por ejemplo, la pandilla. La mayoría de jóvenes que ingresan a la pandilla han abandonado sus estudios secundarios, así lo confirma un estudio realizado por el PNUD en 2002: el 99% de jóvenes pandilleros entrevistados abandonaron o no concluyeron sus secundarios (PNUD 2003).

La familia, otra institución central, también estaba pasando por dificultades. Muchas familias eran encabezadas por mujeres, reduciendo así las capacidades de supervisión sobre sus hijos, fueran éstos niños o adolescentes. En Honduras, en 2002, un 31% de los hogares eran encabezados por mujeres pobres. En 1990, esta cifra estaba en un 21%, lo que significó un aumento de hogares encabezados de hogar en un 50% (UNICEF 2007). En algunos casos el encabezado del hogar no era la madre sino un familiar, e.g. tío/a, abuelo/a, mientras la madre había emigrado a Estados Unidos. La migración, sin duda, reestructuró la institución familiar. Aumentó notoriamente en los ochentas por la guerra civil, pero también se incrementó por

razones económicas. La emigración principalmente a Estados Unidos y México buscaba en principio mejorar la situación económica, los hijos se dejaban atrás bajo el cuidado de algún familiar. El envío de remesas del padre o madre se convirtió en una entrada permanente económica familiar y, vale agregar, para el país<sup>3</sup>. En Honduras, un 75% de las remesas enviadas son utilizadas para gastos básicos, e.g. comida, pago de servicios públicos, alquiler (UNICEF 2007). El aumento de hogares encabezados por mujeres y la migración habían producido una disrupción y una escisión en la institución familiar nuclear; cada vez había más niños y/o adolescentes sin supervisión o disciplinamiento adecuados. No es de extrañar que muchos de los jóvenes que estaban en esta situación desarrollaran una cultura de calle pasando el rato en bares, estancos o simplemente en las esquinas, donde establecían contacto con pandilleros (ERIC 2005).

La pandilla surge, entonces, como alternativa de varios aspectos de la vida de los jóvenes y su proliferación en los noventas responde tanto a factores estructurales (erosión de las instituciones estatales la escuela y la familia, ausencia y prohibición de espacios formales de socialización y organización), como también a aspectos emocionales de los jóvenes, i.e. frustraciones y deseos. A lo descrito arriba hay que agregarle un aspecto más, la llegada de jóvenes deportados de Estados Unidos. A principios de los noventas empezaron a llegar al país jóvenes hondureños, o bien de origen hondureño, deportados de Estados Unidos.

La guerra civil en los ochentas generó un desplazamiento masivo de refugiados y ex-combatientes centroamericanos, particularmente de Guatemala y de El Salvador, hacia Estados Unidos en busca de asilo político. La guerra civil no fue el único motivo para emigrar, Centro América estaba pasando por una de sus peores crisis económicas debido a la guerra, pero también por la reestructuración económica en general. La producción económica y la inversión extranjera bajaron drásticamente en la región, sosteniéndose en gran parte con la ayuda financiera proveniente de Estados Unidos<sup>4</sup>. La difícil situación económica también propulsó la emigración de

---

<sup>3</sup> Actualmente las remesas constituyen la segunda entrada de divisas para el país.

<sup>4</sup> Estados Unidos inyectó la región con ayuda financiera como estrategia para combatir la insurgencia en El Salvador y Guatemala, y los Sandinistas en Nicaragua. Honduras, aunque no tuvo guerra civil, también recibió dinero. Casi todo este dinero se utilizó para mejorar y entrenar los servicios militares e inteligentes de los ejércitos de Guatemala, El Salvador y Honduras, y para sostener a los 'Contras'-Sandinistas establecidos en Honduras. El Salvador fue el país que más ayuda recibió, anualmente CIFRA, seguido por Honduras con CIFRA. Estados Unidos también filtró dinero mediante sus organizaciones de desarrollo, particularmente la USAID. Los países mencionados estaban en la lista

centroamericanos hacia Estados Unidos. La llegada a este país no fue fácil. Asilo político le fue concedido a muy pocos, dejando a muchos indocumentados e ilegales. Como señala Zilberg (2007), irónicamente no fue sino hacia el final de la guerra civil –es decir, 1990- cuando se les otorgó a los indocumentados refugiados y desplazados una estadía temporal formal, *Temporary Protective Status* (TPS). Pero, para entonces muchos de los desplazados habían vivido mucho tiempo en Estados Unidos, tomando la decisión de residir indefinidamente en el país. Este ‘settlement’ o asentamiento de centroamericanos (en especial de origen salvadoreño) coincidió con una fuerte política anti-migratoria en Estados Unidos, particularmente en el estado de California, adonde habían inmigrado la mayoría de centroamericanos. En 1994, este estado aprobó la ley, *California’s Proposition Law 187*, la cual denegaba a los indocumentados el acceso a la salud, educación, y bienestar social. La ley también incluía una agenda anti-crimen dirigida principalmente hacia jóvenes de color. Al mismo tiempo California aprobó la ley *Proposition 184*, conocida como *Three Strikes and You’re Out*, que era otra ley para combatir el crimen y las drogas en los barrios. Jóvenes latinos y afro-americanos de barrios con altos índices de crimen y drogas en ciudades como Los Ángeles fueron blancos fáciles y fueron rápidamente encarcelados. Pero además, crecía la relación entre actos delincuenciales-criminales y la ley migratoria, la cual culminó en 1996 con la aprobación de una reforma migratoria conocida como *Illegal Immigration Reform and Immigrant Responsibility Act*. Este acto exigía la deportación de inmigrantes –fueran éstos documentados o indocumentados- con historial criminal al terminar sus sentencias carcelarias.

Con estos cambios en la política migratoria estadounidense, no era de extrañar que los noventas se convirtieran en una década de deportaciones masivas de inmigrantes latinos. En 1993, Estados Unidos deportaron 1.676 inmigrantes hondureños con historial criminal. Para 1997, esta cifra fue más que el doble, 3.820 (Department of Homeland Security Yearbook of Immigration Statistics 1997). Muchos de los deportados eran jóvenes que pertenecían a pandillas en Estados Unidos donde, además, había vivido la mayor parte de su vida. No obstante, su deportación no estaba relacionada con su pertenencia a la pandilla, sino por haber cometido algún acto criminal-delincuencial. La llegada de estos jóvenes a Honduras fue primero

---

negra del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional para recibir ayuda o préstamos; para ser aspirante de ayuda o préstamos estos organismos internacionales exigían cambios en los modelos económicos, i.e. de tipo neoliberal. Ningún presidente centroamericano en los ochentas cedió, los cambios serían introducidos en los noventas una firmada la paz en la región.

documentada por los diarios hondureños en 1992. Los diarios reportaron que los jóvenes habían sido deportados por actos delincuenciales cometidos en Estados Unidos. Qué pasó luego de su llegada es un misterio, pero un estudio ofrece algunas luces. Muchos de los jóvenes deportados tenían familia en Honduras, fuera un abuelo, tío, o un padre. Era apenas lógico que, al llegar a Honduras, estos jóvenes se pusieran en contacto con su red familiar, con la cual seguramente siempre habían estado en contacto (e.g. mediante el envío de remesas). No había un plan concreto al llegar a Honduras pero sí había mucho tiempo libre. Mucho de estos jóvenes pandilleros recién llegados pasaban su tiempo en los únicos sitios de entretenimiento que había: los billares y los bares. Un joven no-pandillero, por ejemplo, cuenta cómo estos sitios de ‘entretenimiento’ no sólo eran frecuentados por pandilleros, sino también era el lugar para establecer contacto con ellos,

“En el 93 salí (*aquí significa abandonar*) de la escuela, ahí fue cuando comencé a visitar el billar. Ahí conocí a los chavos ‘viejos’ de la mara. Eran un resto de gente, y a mí me daban igual estar con ellos. Yo los miraba así reunidos en grupo y que se divertían y que a todos lados iban juntos. Me daban grandes deseo de estar con ellos...” (ERIC 2005: 86).

Jóvenes pandilleros deportados establecían lugares de reunión en los mismos sitios donde llegaban jóvenes no-pandilleros que no estaban trabajando o asistiendo la escuela. Bares, billares y las esquinas eran sitios para re-establecer contacto entre pandilleros y pasar el tiempo, ‘reunidos en grupo, divirtiéndose’. Pero había algo más, ejercían una fuerte atracción, o ‘alucín’, sobre los jóvenes locales,

“(Un pandillero/marero) venía de Los Ángeles y el otro de Miami. Andaban peludos y todos tatuados. Caminaban por el barrio con un gran perro, un doberman. Tenían una Van bien maciza y ahí andaban una chavala bien bonita. Pues yo los miraba y alucinaba andar así porque se miraban bien macizos y que se paseaban por todos lados y nadie les decía nada” (ERIC 2005, 101).

El pandillero deportado ejercía un atractivo porque era algo distinto, tenía un estilo particular; andar ‘tatuados’, ‘peludos’ eran estilos nuevos para jóvenes locales. Además, parecían inspirar respeto, ‘nadie les decía nada’. Muchos jóvenes locales

decidieron ingresar a estas pandillas de los recién llegados porque sentían que allí serían aceptados y respetados, “dentro de la mara he encontrado lo que quería y en el barrio he encontrado mucho respeto” (ERIC 2005: 105).

Los pandilleros deportados pertenecían, en su mayoría, a la Mara Salvatrucha (MS) o la 18, las cuales eran pandillas rivales. La historia de origen de cada pandilla no ha sido debidamente documentada. Se dice que ambas se originaron en Los Ángeles, California en Estados Unidos. La 18 es la pandilla latina más grande de Los Ángeles con cerca de 20 mil miembros, se originó en los sesentas cerca de la calle 18 (18th Street) y Union Avenue en el centro de Los Ángeles. Se formó a partir del rechazo de otra pandilla hispana de Los Ángeles, “Clanton 14”, la cual tradicionalmente recibía inmigrantes mexicanos recién llegados. Inicialmente la 18 sólo recibía mexicanos o chicanos, pero en los ochentas y noventas permitió el ingreso de latinos de otros países (e.g. El Salvador, Honduras) como también jóvenes afro-americanos y de descendencia asiática, caucásica y del medio oriente. La rival de la 18 es la MS, es más pequeña y surgió en los ochentas también en Los Ángeles cuando inmigrantes salvadoreños comenzaron a tener encontronazos con pandillas afro-americanas y chicanas, particularmente la 18. Al principio, la MS sólo aceptaba salvadoreños como respuesta al rechazo a este grupo, pero a finales de los ochentas empezaron a incluir a latinos de distinto origen, principalmente centroamericanos (DeCesare 2003).

La presencia de pandillas latinas en California data casi desde principios del siglo XX, principalmente estas pandillas han amortiguado sentimientos de desplazamiento cultural y económico de los hijos de inmigrantes que llegaban del otro lado de la frontera sur. El flujo migratorio del sur nunca ha cesado lo que explica la permanencia de la pandilla en el estado de California (Vigil 1988). Además de proveer un espacio a jóvenes inmigrantes marginados, la pandilla latina sustituye instituciones como la familia, la escuela. A su vez, la pandilla permite el desarrollo de la masculinidad de sus miembros y ofrece protección y refugio de varios problemas, inclusive económicos (DeCesare 2003). Tanto la MS como la 18 pertenecen a este tipo de pandilla. Ambas son fuertemente territoriales, es decir, controlan y se disputan el control de barrios frente a otras pandillas. Las disputas tienden a ser violentas, en muchas ocasiones usando armas de fuego.

Llegar y establecerse a Honduras no debió haber sido nada fácil para los pandilleros miembros de la MS y la 18, después de todo este era un país desconocido

para muchos. Teniendo que reconstruir sus vidas en un sitio hasta cierto punto ajeno, era apenas lógico que los pandilleros deportados establecieran contacto con lo más conocido y accesible socialmente: otros pandilleros deportados y con las pandillas locales. Información respecto cómo establecieron contacto es nula, también inexistente es información respecto la transformación de las pandillas locales, entendida como su afiliación a la MS y la 18, y la expansión de la MS y la 18 en las ciudades principales de Honduras. Lo que sí era evidente era el ingreso masivo de jóvenes a estas pandillas buscando alternativas a los espacios sociales e instituciones tradicionales.

### **5.3. Aspectos característicos de la Mara Salvatrucha y la 18**

#### **5.3.1. Estructura organizacional**

*“Afuera, afuera tu no existes sólo adentro.*

*Afuera, afuera no te cuido sólo adentro.*

*Nadie es nada, sólo adentro”*

*- ‘Afuera’ canción de Caifanes*

Lo distintivo de la MS y la 18 de las pandillas anteriores y de cualquier otro tipo de organización social informal para jóvenes es su nivel de organización, la cual es muy estructurada y compleja. Poco se sabe sobre el cambio de estructura organizacional de las pandillas, sólo que ésta pasó de un tipo de organización simple y suelto a un tipo de organización más fijo, estricto y duradero.

La unidad organizacional de la MS y la 18 es la *klika* que se define como un cohorte de jóvenes miembros de aproximadamente 20 ó 40. Cada *klika* cuenta con un jefe o un ‘big palabra’, quien usualmente lleva muchos años en la pandilla y dirige gran parte de las actividades de los miembros de la *klika*. La estructura organizacional varía en cada *klika*. Algunas tienen lo que Jankowski (1991) identifica como una estructura de organización vertical con relaciones jerárquicas entre los miembros; otras *klikas* tienen una estructura de organización horizontal con relaciones más equitativas entre los miembros. Estudios establecen que las *klikas* de la 18 tienden a tener una estructura organizacional vertical, en tanto que las *klikas* de la MS tienden ser horizontales (ERIC 2005).

Ninguna *klika* de la MS y/o la 18 son uniformes u homogéneos, así pertenezcan

a la misma pandilla. Este aspecto heterogéneo de las *klikas* confirma lo que Thrasher estableció en su estudio clásico sobre la pandilla y que ha sido confirmado en estudios posteriores, “no two gangs are alike” (Thrasher 1936, Hagedorn 1998). Cada *klika* de la 18 y MS tiene un nombre que los distingue, e.g. “los power”, “los crazy”, “los poison”. Como observan Moore et al, el nombre de una *klika* está estrechamente ligado a la experiencia de los miembros,

“Each *klika* has a name and a distinct identity, because members of different *klikas* have a distinct experience” (1982: 184).

Las experiencias de los miembros están estrechamente ligadas no sólo a las actividades en la pandilla (ver 5.3.2.), sino también al barrio, que es el lugar donde los miembros realizan actividades y viven experiencias a diario.

La estrecha relación entre la *klika* y el barrio está al centro de la estructura organizacional *klika/pandilla*. Los fuertes lazos emocionales y sentimientos de pertenencia que desarrollan los miembros hacia el barrio contribuyen a fortalecer esta relación. En el barrio, los miembros de una *klika* cuentan con ayuda, simpatía (de otros miembros y residentes en general) provisión (de recursos) y seguridad. El barrio no sólo es el terreno más conocido para las pandillas, también es un lugar o punto de referente identitario para los miembros, la *klika* y, eventualmente, la pandilla. La noción de *barrio* es además compleja debido al aspecto migratorio de algunos miembros, principalmente los deportados, y los procesos de globalización. Como señala Zilberg (2003), el *barrio* de inmigrantes latinos en Los Ángeles, de donde provienen muchos miembros deportados, y los *barrios populares* en San Pedro Sula, Tegucigalpa u otras ciudades centroamericanas como San Salvador son articulaciones complejas de fuerzas locales. Algunos miembros se han visto forzados a reubicarse y reinscribir el *barrio*. Esto es particularmente cierto para aquellos que emigraron a Estados Unidos y para los inmigrantes deportados a su ‘país de origen’. Oscilando entre ‘norte’ y ‘sur’ (Estados Unidos y Centro América) o entre ‘home’ y ‘abroad’ (Los Ángeles y San Pedro Sula), la tierra natal (home) y el extranjero (abroad) son en sí lugares inestables para los miembros. El *barrio*, entonces, se convierte en un lugar de superposiciones del barrio de inmigrantes en Los Ángeles (o cualquier otra ciudad) y del barrio popular de cualquier ciudad centroamericana, San Pedro Sula, Tegucigalpa, San Salvador,

“(..both cities) are compressed into the same field of view, and the chronotope (time and space) of the Latino immigrant *barrio* and the Latin American *barrio popular* now overlap in crucial ways” (Zilberg 2003: 775).

La superposición de los barrios indica otro aspecto sobresaliente de las *klikas* y de la organización en general de la MS y la 18: su necesidad de controlar el barrio. Todas las *klikas* son territoriales, i.e. delimitan, controlan y defienden un territorio que puede ser uno o varios barrios. Control sobre un territorio implica, además, que los miembros están dispuestos a defender su ‘barrio’, a ‘morir por su barrio’, frente a otras *klikas* que usualmente son de la pandilla rival. Disputas territoriales entre *klikas* son comunes y usualmente violentas, convirtiéndose en momentos centrales para definir quien ‘rifa’, es decir quien manda en el barrio.

La necesidad de ejercer y demostrar control sobre un barrio es, según algunos estudios, una respuesta y reacción del pandillero desarraigado quien no pertenece a ningún lado y que ha sido excluido y rechazado por la sociedad en general —a excepción de su *barrio*. El barrio es el único lugar donde el pandillero no es rechazado ni se siente desarraigado precisamente porque lo controla y porque dentro de él puede imponer sus propias reglas (Liebel 2004). Además, al estar tan íntimamente ligadas a las experiencias y construcción de identidad tanto de los miembros como de la *klika*, el *barrio* se eleva a un nivel mítico-simbólico en la historia y memoria de la pandilla, constituyendo así otra razón para que el *barrio* sea controlado y defendido a toda costa así sea con la vida, “the fight becomes part of the *klika*’s special history” (Moore et al. 1982: 184). Por otro lado, este estrecho arraigo y defensa de lo local demuestra también nuevas formas de individualidad caracterizadas por el riesgo, el reto, y el desafío que hacen parte de una cultura global.

La organización de la MS y la 18, aunque centrada y aferrada en lo local, es compleja porque reúne varias fuerzas y procesos, e.g. la globalización, el aspecto migratorio de algunos de sus miembros, y aspectos locales del barrio popular, todos los cuales son superpuestos por los miembros. La *klika* hace del barrio el lugar para contar estos procesos, historias y experiencias. El barrio se convierte en un lugar de constante reinscripción principalmente mediante las historias y discursos de los miembros, y mediante graffitis y placazos que recrean el paisaje urbano de Los Ángeles, San Salvador o San Pedro Sula. Pero estas reinscripciones no indican un

lugar que se extraña o donde ya no se vive, no son reinscripciones de comunidades diaspóricas. Las reinscripciones son una forma de rehacer el barrio, graffitis y placazos son signos indicando la *klika*-pandilla que está al frente de la reinscripción.

Existen varias *klikas* de la MS y la 18 en varias ciudades y países, su presencia ha sido confirmada en Estados Unidos, México, Guatemala, Honduras, y El Salvador. En Honduras, la MS y la 18 se encuentran en las ciudades principales: Tegucigalpa, San Pedro Sula, La Ceiba y Comayagua, pero su presencia predomina en las primeras dos ciudades. El carácter migratorio de muchos miembros, la dificultad de encontrarle a la MS y la 18 un punto fijo de localización, la transformación de las pandillas locales hondureñas, o bien su afiliación a la MS y la 18, y la presencia cada vez mayor de *barrios* superpuestos han generado el debate si se trata de un fenómeno transnacional con actores transnacionales. Por ejemplo, ha sido difícil establecer si las *klikas* están interconectadas entre sí, o bien si se organizan desde una *klika* central/principal, e.g. en Los Ángeles. Comúnmente se piensa que cada *klika* es relativamente independiente de cada una uniéndose sólo en situaciones particulares, e.g. operativos de policía o en la disputa territorial contra una pandilla rival. La 18 contó por un tiempo con una página web donde subían material artístico, e.g. dibujos, poemas, fotos. La página web también indicaba las diferentes *klikas* de la pandilla en varias ciudades y países con fotos de los miembros. A su vez, la página web contaba con un ‘chatting room’ para miembros registrados, pero se usaba principalmente para socializar, no para organizar colectivamente a las *klikas*. Algunos estudios observan el surgimiento de una identidad transnacional (Garland y Yúdice 2004, Fischer 2005), la cual no es indicador precisamente de una conexión en redes entre las distintas *klikas*, sino más bien del compartimiento de sentimientos de pertenencia, fraternidad y solidaridad entre miembros orgullosos de formar parte de esa ‘gran familia’ llamada MS o 18.

### **5.3.2. La vida en la pandilla**

La vida de la pandilla se centra en el barrio que es el espacio concreto para realizar actividades. Además, el barrio es el lugar donde se puede ser alguien mediante el desarrollo de referentes identitarios tanto individuales como colectivos (de la *klika*). Los aspectos de identidad de las pandillas refieren a un mundo simbólico complejo y a un conjunto de reglas de comportamiento que giran en torno a un código y ética de honor. Tanto la simbología como el código y ética de honor son los

atractivos más fuertes que ejercen la MS y la 18 sobre jóvenes populares, quienes los identifican simplemente como ‘alucín’ (deriva de la palabra alucinante).

Los referentes identitarios-simbólicos de las pandillas se articulan en ropa, gestos, uso de jerga en particular, imágenes, etc. Estos referentes identitarios refieren usualmente a la experiencia de los miembros en la *klika*/pandilla; por otro lado, son articulados y comunicados generalmente con graffitis, placazos y mediante el cuerpo del pandillero. El cuerpo ocupa un lugar central en la experiencia del pandillero, es *el* instrumento principal de comunicación de jóvenes: el cuerpo se tatúa y se viste de cierta forma y estilo, y se articula con gestos. Esta forma de llevar el cuerpo no sólo es una forma de empoderamiento –al poder llevar el cuerpo de manera ‘original’, sino también como señala Cerbino, es una manera de hacer política ya no en términos de proyecto ideológico tradicional, sino de hacer una política que proviene de la vida cotidiana,

“el andar por la calle mostrando una estética corporal que ‘devuelve’, a veces transformados y neutralizados, los signos de la violencia, de la exclusión y del dominio” (2004: 405).

El cuerpo, como instrumento principal de comunicación, no sólo provee a los jóvenes de autoría en sus vidas y actividades, sino además esa forma tan particular de llevar el cuerpo, evidente la vestimenta (ropa holgada, camisetas esqueleto, tenis de marca y el pelo rapado) o en la manera de caminar (‘tumbao’), indican una performatividad del cuerpo.

Los tatuajes en el cuerpo son otro aspecto central del mundo simbólico del pandillero y la pandilla. Los tatuajes refieren principalmente a las experiencias de los miembros en la *klika*: amigos perdidos en disputas, peleas ganadas, muertes, novias, iniciación en la pandilla, etc. Los principales acontecimientos de la pandilla se registran en el cuerpo con tatuajes simbólicos (lágrimas, cruz, el número 13 o 18). El cuerpo se convierte en una especie de libro al ser el lugar de registro de acontecimientos abierto a todos sin restricción para su lectura.

Jóvenes pandilleros aprenden una jerga que identifica a la pandilla. Muchas de las palabras derivan del rap y del inglés, las cuales son castellanizadas, o bien hablan de las experiencias particulares de los pandilleros. Por ejemplo, ‘hommie’/’carnal’ significan miembro de la pandilla, ‘rifar’ significa disputa, ‘mirin’ (del inglés

meeting) es reunión, ‘jaina’ del género femenino, ‘feria’ dinero, etc. Identidad y lenguaje se fusionan particularmente en el uso de apodos de los miembros quienes son bautizados y conocidos bajo otros nombres. En algunos casos refieren a algo característico de su personalidad, por ejemplo, ‘Shy Boy’. Sin embargo, en la mayoría de los casos, los apodos buscan inspirar respeto y, a la vez, miedo ante los demás por ejemplo, “El Bullet”, ‘La Diabla’, ‘Cara Cortada’ (Peetz 2004).

La atracción e identificación de jóvenes hacia un estilo de vida marcado por el uso de la violencia, el desafío y la provocación es quizás uno de los referentes identitarios-simbólicos más controversiales de las pandillas. Este estilo de vida, conocido como *la vida loca*, está relacionado con la reproducción de un estricto código de honor, el cual, es institucionalizado por la MS y la 18 mediante rituales e iniciaciones. Ambas pandillas cuentan, por ejemplo, con ritos de iniciación violentas (golpizas); por otra parte, la violencia se convierte en el medio principal de relación social entre miembros y hacia la pandilla rival (evidente principalmente en las disputas territoriales entre *klikas* rivales). Sobrevivir una pelea, matar a un pandillero rival, entre otros, son demostraciones de honor y formas de adquirir respeto en la pandilla y frente a los demás (e.g. pandilla rival, residentes del barrio). *La vida loca* de la MS y la 18 se convierte en una oportunidad para construir amistades y relacionarse con los pares mediante los *vaciles*, que pueden ser buenas vivencias en la pandilla, el sentido de pertenencia y las actividades situadas en el límite de lo legal (Liebel 2004). La vida loca también promueve relaciones estrechas de solidaridad y hermandad entre los miembros de diferentes *klikas*, siempre y cuando estas *klikas* sean parte de la MS o la 18. Es decir, una *klika* de la MS de San Pedro Sula es solidaria con una de San Salvador, de Tegucigalpa o de Los Ángeles, pero no con una *klika* de la 18 en cualquier ciudad. Para los jóvenes, ser miembro de la pandilla significa formar parte de una gran familia donde existe el apoyo. No obstante, la solidaridad y el apoyo son condicionales, están sujetos a los códigos y las reglas internos de la pandilla. Violar alguna de estas reglas es severo y, por lo general, se castiga con la muerte.

*La vida loca* es central en ambas pandillas, esto es, en su cotidianidad en tanto que define varios aspectos de la vida social y subjetiva del adolescente y joven quienes, por su parte, han carecido de oportunidades en espacios formales, e.g. la escuela, la familia, o bien no encuentran en estos espacios referentes identitarios-simbólicos a los cuales identificarse y desarrollarse. En este sentido la pandilla es más

que una moda temporal. La pandilla tampoco es, como algunos argumentan, un fenómeno importado de Estados Unidos; es la alternativa de adolescentes y jóvenes para construir identidades y desarrollar subjetividades en el marco de un grupo paritario informal, i.e. la pandilla, y no dentro del marco de una comunidad formal, por ejemplo, la familia o la escuela. Aspectos centrales para los jóvenes como el desarrollo de un sentido de pertenencia, lazos comunitarios, identidad y subjetividad, la construcción de masculinidades y reconocimiento social, se desarrollan en la vida diaria de la pandilla, principalmente mediante luchas, disputas y los *vaciles*.

Otro aspecto característico del estilo de vida de las pandillas es la violencia. Aún faltan datos específicos respecto el papel de la violencia en la pandilla y su relación en la construcción y elaboración de subjetividades e identidades de los miembros. Ciertamente, el uso de la violencia ha incrementado en la pandilla contemporánea a nivel global debido, en parte, al surgimiento de nuevos patrones de polarización social y formas de individualidad basado en una cultura global, y donde la identidad se convierte en el único medio para entrar hacer parte y negociar en el mundo social. La violencia en la pandilla se convierte en el único medio para defender y desarrollar una identidad, como también para relacionarse (McDonald 2003). Pero, existen otras razones estructurales. Como señala Hagedorn (1998), los noventas marcan el momento cuando la pandilla contemporánea se vuelve más violenta debido al fácil acceso a armas de fuego de distinto calibre. Esto es cierto para el caso de Honduras, donde más de una década de guerra civil en la región dejó la amplia circulación de armas de guerra, la cual aún no ha sido puesto bajo control por parte de las autoridades. Otra razón estructural es la dificultad de imponer orden sobre el uso de la violencia por parte de las autoridades estatales. No fue sino hasta mediados del siglo XX que Honduras estableció un ejército nacional, es decir, previo su creación, el país no contaba con un aparato coercitivo. Aún cuando se creó el aparato coercitivo, el estado no centralizó el uso de la violencia. En 1957, las fuerzas armadas lograron obtener autonomía del poder civil mediante un pacto con uno de los partidos políticos; en los años subsiguientes las fuerzas armadas se desarrollaron independientemente del aparato estatal. Aspectos estructurales locales y globales de violencia están presentes en la MS y la 18, aún falta estudiar estas relaciones para entender el papel de la violencia de las pandillas hondureñas y la atracción que ejercen sobre los jóvenes.

### 5.3.3. La pandilla y las relaciones de género

Los aspectos característicos de la vida de la pandilla (identidad y subjetividad, violencia) están además fuertemente marcados por las relaciones de género entre los miembros. Género ha sido ignorado de una gran parte de los estudios sobre pandillas<sup>5</sup>, particularmente de las pandillas centroamericanas donde las relaciones de género y las construcciones de masculinidades son un aspecto central en la experiencia de los miembros de la pandilla y, por tanto, en la estrategia territorial de la pandilla. Pese a la casi ausencia de género en estudios sobre las pandillas centroamericanas, destacaré algunos aspectos de las experiencias de los miembros hondureños, los cuales no sólo refieren a las relaciones de género de los miembros, sino además están relacionados con la estrategia territorial de la pandilla.

Las pandillas hondureñas y, particularmente la MS y la 18, son predominantemente masculinas. Este aspecto masculino es característico de casi todas las pandillas, desde la clásica hasta la contemporánea. Existen pandillas femeninas, pero su número no sobrepasa a las pandillas masculinas. Género en la pandilla está estrechamente ligado a esta predominancia masculina (o femenina). En la MS y la 18, género estructura las prácticas sociales de los miembros para configurar masculinidades. Los ritos de entrada, el seguimiento de una ética estricta de honor, el uso de cierta vestimenta, y un caminado y hablado particular reproducen un ideal masculino que además es performativo. Caminar por la calles del barrio con un ‘tumbao’ y el uso de ciertos gestos son formas ‘masculinas’ de llevar el cuerpo. Asimismo, tatuar el cuerpo, usar un arma, matar a un pandillero rival son maneras de demostrar y actuar un tipo de ‘hombría’.

Aspectos simbólicos e identitarios de la configuración de masculinidad de las pandillas intentan reproducir un ideal masculino fuerte, dominante, y guerrero. Esto es más evidente en las disputas territoriales entre miembros de pandillas rivales. Las disputas son una prueba, quizás la prueba máxima, de la masculinidad de los miembros. Para los pandilleros, las disputas se asemejan a batallas, y ellos son los soldados o guerreros que están defendiendo su barrio. Los sobrevivientes de una disputa son vistos como héroes y, de hecho, acumulan puntos para escalar la

---

<sup>5</sup> Los pocos que han estudiado género en la pandilla, o bien que incluyen esta perspectiva son: Moore, Joan. *Homeboys*. Philadelphia: Temple University Press, 1978, Harris, Mary. *Cholas: Latino Girls and Gangs*. New York: AMG Press, 1988. Phillips, Susan. *Wallbangin'*. Chicago: University of Chicago Press, 1999. Los estudios sobre las pandillas centroamericanas han obviado el género.

estructura organizacional de la klika/pandilla. Los que mueren también reciben honores y son recordados. No obstante, los que desisten son vistos como cobardes y son castigados. Las disputas territoriales y las construcciones de masculinidad que ahí surgen se asemejan a esa otra institución masculina, el ejército. La estructura organizacional de la 18 es muy cercana a la institución militar: es altamente jerárquica, es decir, existe una cadena de comando (informal). A su vez, los miembros tienen rutinas de ejercicio y de higiene contribuyendo a la construcción de una imagen limpia y disciplinada<sup>6</sup>. Poco se sabe sobre la influencia de la institución militar en la estructura organizacional de la MS y la 18, por ejemplo, si algunos miembros han tenido entrenamiento militar o son desertores del ejército. En Honduras el servicio militar obligatorio se abolió en 1996. Algunos estudios han intentado ligar el crecimiento de las pandillas en Honduras a la abolición del servicio militar obligatorio (Salomón et al. 1999, Save the Children/ACJ 2002). Pero no parece estar muy relacionado. En cambio, miembros originarios de la MS en Los Ángeles parecen haber tenido algún tipo de entrenamiento militar. Algunos pandilleros habían militado en las guerrillas de El Salvador, o bien tuvieron familiares guerrilleros (DeCesare 2003). Pese al poco conocimiento sobre militares y pandillas, el componente militar, especialmente lo relacionado con la construcción de masculinidades, está presente en las pandillas.

La construcción y el ideal de masculinidad de las pandillas están estrechamente relacionados a la violencia. Como señala Connell (1995), violencia hace parte de un sistema de dominación del género dominante que tiene dominio de los medios y uso de la violencia; en el caso de la pandilla, el género dominante es el joven adulto y/o adolescente. Pandilleros andan armados y resuelven gran parte de sus relaciones sociales mediante el uso de armas, e.g. matando a un pandillero rival, o mediante el uso de la violencia en general, e.g. golpizas. Pero violencia no se reduce andar armado. Las practicas cotidianas sociales de los pandilleros está permeada de violencia que buscar establecer a la pandilla y sus miembros como grupo dominante de un área específica. Pandilleros intimidan, agreden, golpean no sólo a otros miembros, pero también a residentes que no obedecen sus reglas o exigencias. Violencia ayuda establecer fronteras y exclusiones tanto del territorio o barrio en

---

<sup>6</sup> Los miembros de la 18 además llevan el pelo rapado, se afeitan regularmente, y realizan rutinas de entrenamiento para tener el cuerpo ejercitado estilo militar. Estas actividades y formas de llevar el cuerpo contribuyen a fortalecer la imagen masculina militar.

control como también establece distancia hacia los miembros (e.g. qué tanto puedo uno acercársele). Violencia es una manera de afirmar masculinidad y no se restringe a los otros miembros masculinos. Aunque bajo en número, la MS y la 18 tienen miembros femeninos. Su actividad y papel en la pandilla son marginales y la relación con sus contrapartes masculinas es brutalmente violenta. Para ingresar a las pandillas, las jóvenes adolescentes o adultas son golpeadas y violadas por varios miembros. Dentro de la pandilla, su actividad es al margen. Poco se sabe sobre las actividades de mujeres pandilleras de la MS y la 18, pero no figuran en las altas posiciones jerárquicas de la organización, por ejemplo, jefes de klikas.

La violencia, al ser parte de un sistema de dominación, establece una estructura de desigualdad, particularmente lo masculino sobre lo femenino. Esto se ve no sólo en la relación que la pandilla impone sobre miembros femeninos, sino también con lo femenino en general. Las novias y/o compañeras de pandilleros juegan un papel central en la construcción de masculinidades de pandilleros como también en reforzar el sistema de dominación y de desigualdad de la pandilla. Novias y compañeras son dominadas y, a la vez, protegidas por los pandilleros. Dominio y protección sobre el cuerpo femenino se ejerce mediante la violencia (violación, agresión, golpes, amenaza, intimidación). Su papel de dominada y protegida acentúa la pasividad de las novias y compañeras de los pandilleros dentro de la organización. Completamente marginada, excluida y sin voz propia, las novias y compañeras se limitan a estar a la disposición (física, sexual, y emocional) de su novio-protector. Sin sorpresa, el embarazo es frecuente. Dominio y protección sobre lo femenino no sólo se restringe a las novias y compañeras, pandilleros reproducen esta noción de lo femenino en el mismo territorio. El barrio para el pandillero debe ser protegido, dominado, y controlado. La noción del barrio es en última instancia femenina, asociada a un cuerpo femenino que debe someterse bajo control mediante la acción masculina.

La pandilla es un vehículo para construcción de masculinidades de los miembros. Tradicionalmente, valores masculinos y femeninos eran movilizadas por la institución de la familia. No sé sabe en qué medida la masculinidad violenta de los pandilleros esté asociada a transformación de la institución de la familia en Honduras, la cual ha sufrido cambios drásticos particularmente en los noventa<sup>7</sup>. La familia es

---

<sup>7</sup> Desde los noventa, la familia en Honduras ha sufrido cambios. La mayoría de familias son desintegradas, encabezadas por madres solteras. Muchas madres de bajos recursos trabajan en las maquilas, dejando sus hijos largas horas sin supervisión. En algunos casos, las madres emigran y dejan

una institución patriarcal que moviliza valores masculinos y femeninos y relaciones de género asimétricos, donde predomina lo masculino. Es posible que la institución familiar hondureña en los noventa perdiera o tuvo menos control sobre la regulación de la vida de muchos jóvenes hondureños como también en la movilización de valores y recursos. La pandilla surgiría no sólo como alternativa a la institución de la familia, sino además movilizaría valores masculinos (y femeninos) mediante la configuración de una masculinidad violenta.

#### **5.4. La territorialidad de la pandilla**

Las pandillas locales en Honduras se habían transformado. Ahora contaban con estructuras de organización más refinadas y un mundo referente simbólico-identitario complejo que atraía a cantidades de jóvenes populares. Además de la alta convocatoria de las pandillas, comenzaron a surgir en barrios marginales disputas sobre el control de territorio entre pandillas/klikas rivales, las cuales eran sumamente violentas dejando muertos y heridos. Estas disputas territoriales indican un aspecto central en la transformación de las pandillas: el control del *barrio*.

El *barrio* es el lugar central para la organización de la pandilla; además, es el centro de producción y reproducción de referentes simbólicos, identidades y subjetividades de los miembros. Como observa Jankowski (1991), el control de un barrio es indispensable porque garantiza la sobrevivencia de la pandilla. Este aspecto territorial no es exclusivo de la MS y la 18. Según Moore et al. (1982), el vínculo de pandillas con el territorio ha sido un aspecto característico para definir las. Por lo general, los aspectos territoriales de una pandilla implican a) que las actividades de la pandilla están concentradas dentro de un terreno, b) que se está relativamente vinculado al terreno, c) que el terreno es defendido contra invasores, a su vez, peleas entre pandillas ocurren por la invasión al territorio, d) que miembros y sus familias viven usualmente dentro del terreno. Si bien estos aspectos están presentes en la MS y la 18, miembros de las *klikas* rigen la vida en el barrio, surgiendo casi como autoridades. En algunos casos, los residentes acuden a los jefes o ‘big palabra’ para resolver problemas. Las *klikas* deciden sobre muchos aspectos de la vida del barrio, por ejemplo, quién entraba o salía del barrio, e incluso la decisión de imponer un especie de peaje, llamado ‘impuesto de guerra’, como recurso para solventar y

---

sus hijos al cuidado de familiares. En ambos casos son indicadores de transformaciones de la institución familiar y, sobre todo, su incapacidad de movilizar los recursos y valores tradicionales.

garantizar una entrada económica a las klikas.

La estrategia territorial de las *klikas* de la MS y la 18 intenta garantizar y asegurar la sobrevivencia de la misma *klika*/pandilla –su objetivo principal– y que está basada en el control de lo local. Las klikas de ambas pandillas tienen varios mecanismos para asegurar e imponer control sobre el barrio o barrios en cuestión, sin embargo, son tres los recursos principales según Sack que dan cuenta de la afirmación de la territorialidad: clasificación, comunicación, e imposición, o bien ejercicio de poder sobre el área que se quiere controlar. Veamos esto con más detenimiento.

Las klikas clasifican áreas específicas que, en este caso, son los barrios. Clasificación de un barrio ocurre cuando la klika cuando lo llama ‘su barrio’, cuando establece que le ‘pertenece’, de esta manera, logrando restringir la entrada al área. Acceso es permitido a quienes pertenecen al barrio, es decir, residentes, miembros de la klika del mismo barrio, miembros de la pandilla en general, y amigos y familiares de residentes y miembros. Personas no-locales como taxistas, transeúntes comienzan a tener problemas para ingresar a estos barrios clasificados por la klika, en especial cuando son blanco de actividades ilegales y/o delincuenciales de algunos miembros (e.g. hurto, despojamiento de posesiones); asimismo, estas personas comienzan a ser categorizadas como ‘extranjeros’ del barrio o no-locales por la klika. La clasificación del barrio va estableciendo poco a poco una frontera, indicada en quiénes son y no son de su barrio, y en la misma restricción de quienes entran. El surgimiento de fronteras comienza a materializarse e.g. graffiti, una marca, pero esto refiere al segundo recurso, comunicación, que será tratado en breve. Lo importante de señalar por ahora es que la clasificación del barrio inevitablemente conduce al establecimiento de fronteras simbólicas que más adelante serían concretizadas a la vista de los demás. La clasificación del barrio, además, desarrollaba otros aspectos simbólicos. Por ejemplo, el barrio ya no era el lugar donde vivo o crecí, ya no se le conocía por su nombre original (San Lucas, la Rivera Hernández –esto era sólo para las autoridades, ‘extranjeros’, o casos formales), el barrio de la klika era *otro barrio* rebautizado, incluso, con otro nombre estrechamente ligado a la klika (e.g. ‘Sawer Cholos’, ‘Kiwis Locos’, etc.) y conocido entre los residentes del barrio.

¿A qué viene esta necesidad de clasificar el barrio por parte de la MS y la 18? Las pandillas locales anteriores también clasificaban su terruño, e.g. en las escuelas, en algunas esquinas de sus barrios, sin embargo, sin el impacto geográfico de la MS y la 18, es decir, sin llegar a influenciar el acceso a un barrio entero. ¿Por qué? Las

pandillas locales eran mucho más pequeñas, contaban con menos integrantes y, sobretodo, tenían una organización más suelta y menos estructurada. Estas pandillas se disolvían con facilidad, su existencia era efímera. Su clasificación de áreas era igual de temporal y pasajero, las fronteras frágiles y flexibles. De hecho, difícilmente se puede hablar aquí de clasificación entendida como estrategia geográfica, el ‘terrenito’ de estas pandillas, si bien restringía acceso a los no-pandilleros, éste en realidad no afectaba a ninguna comunidad como tampoco había imposición de control. En otras palabras, nunca hubo el intento de estas pandillas locales de influenciar personas u objetos en un área específico, como tampoco de restringir el acceso de los de afuera. Las cosas cambiaron, por supuesto, con la MS y la 18. Por un lado, cuentan con una estructura organizacional más compleja y rígida –la klika su unidad básica organizacional- creando relaciones jerárquicas entre miembros. Por otro lado, ambas pandillas son mucho más numerosas que las pandillas anteriores, cada klika contando con alrededor de 20 hasta 40 miembros. Estos dos aspectos exigen estrategias y mecanismos de organización más refinadas por parte de la MS y la 18 como, por ejemplo, la clasificación de un área específico que permitiría crear una base desde donde se pueden realizar las actividades de la klika, algo así como un ‘home base’. Además, la necesidad de encerrar un área en particular está relacionada con una dimensión simbólica ausente en las pandillas locales, la construcción de la identidad y subjetividad. El barrio adquiere especial significado para los miembros por ser el centro de la vida pandillera, *la vida loca*. En el barrio, los miembros tienen vivencias y experiencias paritarias a partir de las cuales construyen su identidad y subjetividad tanto individual, como el de la klika/pandilla – “Por mi barrio vivo y muero”.

La llegada de pandilleros deportados fortaleció la necesidad de encerrar el barrio. Muchos de los deportados tenían una historia o antecedente de constante desplazamiento y migración a diferentes ciudades y países donde, además de no ser aceptados, eran excluidos. Vigil (1988) llama esta condición de constante y repetida exclusión de varias instituciones tanto en la tierra de origen como a los lugares adonde llegaban los inmigrantes hispanos *marginalidad múltiple*. El concepto fue originalmente pensado para hijos de inmigrantes nacidos o que habían llegado principalmente a California por ser una condición común en ellos, no obstante, se aplica a los jóvenes deportados a Centro América en los noventas. Para Vigil, las pandillas –particularmente en California donde hay una alta población hispana- han servido por años como amortiguador de la *marginalidad múltiple* de jóvenes. El

constante flujo migratorio hispano a Estados Unidos es, de hecho, un factor que garantiza la permanencia y continuidad de pandillas hispanas en California en tanto que siempre habrán jóvenes inmigrantes para ‘amortiguar’. Por su parte, los jóvenes desarrollan lazos emocionales fuertes y un sentido de pertenencia hacia la *klika*-pandilla, los cuales se ven fortalecidos en ausencia, fragilidad o exclusión de los jóvenes de instituciones tradicionales como la escuela y la familia. El barrio, donde se localiza y ancla la pandilla, es además centro de producción y reproducción de referentes de simbólicos identitarios de la pandilla misma, los cuales, por su parte, cobran más fuerza entre los jóvenes a la luz de referentes identitarios-simbólicos nacionales erosionados. Jóvenes pandilleros, tanto deportados-inmigrantes como locales, desarrollan un ‘no ser ni de aquí o de allá’; son, no obstante, de la pandilla. Este sentimiento de pertenencia tan estrecho hacia la *klika*-pandilla, junto con su compleja dimensión simbólica, y vale agregar en el caso de la MS y la 18 *transnacional*, sólo fortalecen la relación de los miembros hacia lo local y hacia un área específico; la pandilla *es* el barrio en un sentido material y simbólico, su control es en un aspecto primordial para sus miembros. En este sentido, la clasificación de un barrio por parte de las diferentes *klikas* de la MS y la 18 es una estrategia territorial que no sólo permite este control, sino además algo más vital, garantiza la sobrevivencia de la pandilla consignada en el desarrollo y la reproducción de una consciencia (y memoria) territorial /(trans)local de los miembros.

La clasificación de barrios por parte de las *klikas* de la MS y la 18 inevitablemente va estableciendo fronteras. Clasificar un área implica encerrar, y ese área que se reclama y se establece como ‘suyo’ comienza y termina en sitios específicos. Las fronteras que surgen o que son establecidas por la clasificación de las *klikas* son informales, borrosas, cambiantes, y fluidas, a diferencia de las fronteras políticas establecidas por un estado que son formales, rígidas, y fijas. La fluidez de las fronteras de las pandillas se debe en parte a la informalidad de la organización en sí, pero también por la noción de *barrio* de las pandillas. Como señalan Moore et al. (1982), *barrio* no sólo refiere al lugar físico, cuando un pandillero dice ‘él es de mi barrio’ significa que es miembro de la pandilla, un ‘hommie’, un ‘carnal’. En otras palabras, *barrio* refiere tanto al lugar como a la pandilla. Esto es evidente en la MS y la 18. Pandillas se articulan fácilmente en los barrios que controlan en parte porque los miembros residen en el mismo barrio, no obstante, la MS y la 18 cuentan con muchos miembros migrantes y con algunos miembros locales que no son del barrio

que se controla, sino de otros cercanos. Estos aspectos hacen que las fronteras sean fluctuantes y moldeables, sujetas siempre a cambios que están relacionados, en gran parte, al desplazamiento de los miembros.

Pese a esta informalidad y fluidez de las fronteras, éstas siempre son comunicadas por parte de las klikas. Comunicación del área que me ‘pertenece’ es otro aspecto de la territorialidad, y el establecimiento de fronteras es una de sus formas más comunes. Sack observa que hay varias formas de comunicar territorialidad, un gesto, marcas, señas son todas formas de comunicación utilizadas. Las klikas comunican ‘su territorio’ principalmente con graffiti, placazos, y dibujos los cuales son inscritos en muros o paredes a la vista de todos. La intención del graffiti y placazo es doble, por un lado, son una orientación para la klika en sí, un ‘hasta donde rifamos’ (controlamos), por otro lado, es un mensaje explícito a todos los demás, esto es, residentes, no-residentes, y particularmente la klika rival, que este barrio les ‘pertenece’.

Otro lugar donde las pandillas comunican territorialidad es en el cuerpo de los miembros. De hecho, el cuerpo es el primer lugar de dominio y control -mucho antes que el barrio- donde las pandillas afirman territorialidad. Evidente en el uso de tatuajes, además de referirse a la dimensión simbólica-identitaria del miembro y la klika, la acción de tatuar un cuerpo indica una forma de someter según la voluntad de la persona. Según Benson, el uso de tatuajes en sociedades occidentales y postmodernas está relacionado a la construcción de la individualidad y la individuación,

“Self-realization and self-mastery have come to be increasingly central to conceptions of personhood, one where personhood is conceived in terms of what lies ‘inside’ but is not ‘of’ the body (notions of soul, mind and spirit) and where historically, the relationship between surface and depth has been figured as the relationship between appearance and essence...It might be argued, the skin (is) the border zone between the bounded self and the social world thought to encompass that self, a membrane that protects but also conceals” (2000: 235).

La frontera adentro-afuera está orgánicamente establecida y fijada (mediante la piel), por ellos el cuerpo, como mencioné anteriormente, se convierte en un instrumento poderoso de comunicación de la pandilla. Lo que en el cuerpo se tatúa se queda para siempre, es permanente; pero además, es expresión de la individuación, una

declaración de ‘me-ness’ de, en este caso, el pandillero. La expresión de una individualidad fue un aspecto característico de la MS y la 18, y era algo completamente nuevo para los jóvenes hondureños. Las pandillas anteriores eran expresiones flojas de identidad, la MS y la 18, sin embargo, la reafirmaban (aunque no exclusivamente) mediante el tatuaje, que era visto como un ritual prácticamente de iniciación que indicaba el ser ‘alguien’ en la pandilla. La necesidad de convertir el cuerpo en instrumento de comunicación cobra relevancia con el cierre de otras vías formales de comunicación de los jóvenes en organizaciones formales, las cuales eran prohibidas hasta finales de los noventas. Esto, junto con el factor de migración de algunos miembros ayudaron a cristalizar el cuerpo como centro de comunicación, y como lugar de expresión de la individualidad de los miembros y de la klika/pandilla. El cuerpo es un lienzo moldeable donde se pueden inscribir símbolos identitarios que refieren a ‘self-realization’, y al control del individuo,

“What is distinctive in contemporary tattoo practices is the linking of such assertions of permanence to ideas of the body as property and possession –a statement of ‘ownership over the flesh’, as one individual put it- indeed as the *only* possession of the self in a world characterized by accelerating commodification and unpredictability...The body thus acts not only as a site of personal creativity, but also as a touchstone of authenticity and truth, ‘the last artistic territory resisting co-optation and commodification” (2000: 251).

Con el tatuaje, los pandilleros cuentan su historia individual y la de la pandilla, comunicando una estética de su mundo y experiencias. Comunicando a los demás, residentes, no-residentes, la pandilla rival, la sociedad general, es aún más relevante para la pandilla por su posicionamiento marginal de la sociedad, sus cuerpos sobretodo –repellados con tatuajes llamativos- son los que más están sujetos a ser vistos. Para el pandillero, el tatuaje no es para nada decorativo, “these make subjection their own, inscribe and redescribe it in words and images upon their flash, and reflect it back to those around them” (Benson 2000: 252). El cuerpo debe reflejar el dominio y control –además posesión y exclusión– porque es el primer lugar de resistencias de los miembros traducido y revivido allá afuera en las calles del barrio, que son el campo de batalla.

El último aspecto de afirmación de territorialidad, según Sack, es el intento de controlar el acceso del área de interés, lo que está dentro, o bien lo que está afuera del

área, restringiendo a los de adentro. Se trata de influenciar las interacciones de las personas. Además, la imposición de control sobre un área, personas y objetos, está estrechamente relacionada con los primeros dos descritos anteriormente, la clasificación y la comunicación. Los mecanismos principales utilizados por las pandillas para imponer control son predominantemente violentos, por ejemplo, la presencia de un pandillero rival se considera una trasgresión y ofensa a la klika, se castiga usualmente con la muerte. La presencia de no-residentes no es considerada una ofensa por lo que llega al extremo de matarlos, sin embargo, son considerados ‘extranjeros’ al barrio por parte de los miembros de las klikas. Usualmente son amenazados o amedrentados por la klika para indicar que están en su ‘gangland’, a veces se convierten en blanco de las actividades delincuenciales de algunos de los miembros. Una de las formas de imponer control más comunes es la de obligar a los transeúntes-‘extranjeros’ pagar su paso por el barrio. Mejor conocido como ‘impuesto de guerra’ los pandilleros se ubican en sitios estratégicos para recolectar, de forma violenta y amenazante (usualmente andan armados), dinero. Esto ocurre, sobretodo, a los transportadores públicos (taxis, buses) quienes pagan una cuota establecida por la klika cada vez que recorren su ruta en el barrio(s).

Estas maneras de imponer control sobre el barrio no sólo son demostraciones de afirmación de territorialidad de las pandillas, son formas de restringir lo que entra y sale, como también restringir a los de adentro como a los de afuera. Esto, sin duda, era otra novedad de las pandillas hondureñas. Anteriormente, eran algo territoriales pero nunca había desembocado en una estrategia territorial, esto es, en una necesidad de controlar y restringir acceso en áreas específicos. Lo que no quiere decir que la territorialidad de la MS y la 18 surgieron de la nada. Las pandillas locales anteriores eran más pequeñas y se disolvían con facilidad, no obstante, dejaron el terreno preparado para la MS y la 18. Aumentando considerablemente en número, i.e. en membresía y klikas, la MS y la 18 tenían estructuras de organización más fijas y duraderas que no sólo podían acomodar y lidiar con la llegada de nuevos miembros y la formación de nuevas klikas, sino también estaban centradas en el control del territorio para garantizar la continuidad de la pandilla. La ausencia de estudios que registre el paso de las pandillas locales al fenómeno de la pandilla o maras como hoy se conoce, sobretodo respecto a los aspectos territoriales, hace difícil establecer conexiones respecto al cómo y por qué las pandillas actuales desarrollan y fijan una consciencia territorial. Todo aparece como un antes y después, la MS y la 18 como un

fenómeno importado de Estados Unidos tendiendo sus estructuras de organización y violencia sobre los barrios en las ciudades hondureñas. No obstante, es difícil pensar que esto ocurrió así. Procesos locales y, en especial, el papel de la pandilla locales en la juventud popular antes de la llegada pandilleros deportados miembros de la MS y la 18 pueden esclarecer luego cómo estas pandillas desarrollan toda una estrategia geográfica basada en la territorialidad. Tres aspectos, a mi parecer, pueden ayudar a esclarecer, por una parte, la ausencia y prohibición de organizaciones sociales formales para jóvenes inevitablemente conduciéndolos a desarrollarse en organizaciones informales, como por ejemplo las pandillas locales. Desde los ochentas, las pandillas ya estaban jugando un papel relevante en la vida social de muchos jóvenes. Por otro lado, la erosión de instituciones estatales, principalmente la escuela y la familia, empujaron a jóvenes a buscar/crear espacios de socialización, paritarias y referentes simbólicos-identitarios en otros lugares u organizaciones —de nuevo, aquí sobresalen las pandillas. Por último, la deportación de Estados Unidos de miembros de pandillas (particularmente de la MS y la 18), particularmente su relación con el barrio, lo local, el cual se convierte en el centro de producción y reproducción de identidad y subjetividad de la pandilla a la cual pertenecen. Lo local cobra especial relevancia por el aspecto migratorio de ciertos miembros quienes al no ser de aquí ni allá (es decir, de Estados Unidos ni de su país de ‘origen’) desarrollan y fomentan estrechos sentimientos de pertenencia locales —en realidad, (trans)locales- en barrios donde la pandilla ya existía como organización social informal. A medida que ingresaban jóvenes o se afiliaban (otro aspecto casi no estudiado) a la MS o la 18, se cambiaba o se refinaba el sentido y propósito de estar en una pandilla. Ésta dejaba de ser organización social informal de membresía temporal a una con lazos y sentimientos de pertenencia más duraderos y rígidos, anclados en lo local y que, además, posibilitaba el poder ‘ser alguien’. Esta ‘nueva’ pandilla tenía, por fuerza, que cambiar su estructura previa de organización; necesitaba una estructura organizacional que no sólo se adecuara al nuevo volumen de miembros, sino uno que garantizara su permanencia y sobrevivencia, usualmente mediante la provisión de necesidades materiales y emocionales a los miembros, e.g. dinero, amistad, etc. Esta necesidad, junto con la noción que el barrio, es el centro de muchos aspectos de la vida de la pandilla, e.g. sentimientos de pertenencia, relaciones paritarias, producción y reproducción de identidad y subjetividad de los miembros y de la *klika*, desarrollaron una consciencia territorial que designaba al *barrio* como centro de

recursos materiales y simbólicos, los cuales tenían que ser controlados.

El desarrollo de una consciencia territorial y la necesidad de controlar (y defender) barrios se hicieron inicialmente a la luz de la pandilla/klika rival, que era vista como la única capaz de amenazar y despojar a la pandilla de cosas materiales, e.g. matando a sus miembros, recolectando dinero en su barrio, quitando o reasociando el apoyo de la comunidad, como también la única capaz de desafiarla. Ambas están en un mismo código y dinámica de juego, pero no es una rivalidad sin sentido, pandillas intentan, ante todo, sobrevivir para la cual recurren a estrategias para asegurar su permanencia. Estas estrategias deben proveer a los miembros de aspectos materiales (dinero, comida, medicina, diversión) importantes en la vida de la pandilla. La idea de controlar un barrio se inserta en esta lógica de querer controlar un área donde los recursos de la pandilla están allí disponibles; además, estos recursos son escasos, de ahí la necesidad de restringir el acceso a otros ('extranjero' del barrio) y, en particular, a los de la pandilla rival que anda en busca más o menos de los mismos recursos. La competencia de recursos entre pandillas, la cual va siempre de la mano de la violencia, los lleva a desarrollar estrategias territoriales que determinan quien 'rifa en el barrio', esto es, qué klika/pandilla logra imponer su control sobre un área específico.

Lo expuesto anteriormente no es una novedad en los estudios de pandilla, pero sí lo es para la pandilla hondureña. La pandilla había pasado de organizaciones sueltas y temporales a una compacta y anclada en lo local, donde la sobrevivencia y la permanencia de la organización (es decir, la klika/pandilla) se habían convertido en sus consignas principales. El desarrollo de una consciencia territorial y la implementación de estrategias territoriales que garantizan la permanencia y reproducción de la pandilla en sus barrios son indispensables. La territorialidad de las klikas se vincula al aspecto simbólico de las pandillas, particularmente la construcción de identidades y subjetividades, las cuales están estrechamente ligadas a las experiencias de los miembros y en la construcción de masculinidades. El barrio es el centro de actividades, experiencias y vivencias de la pandilla: en el barrio se conoce a otros 'hommies', se reclutan 'hommies', se organizan eventos, se puede 'ser alguien', etc. Imponer una estrategia territorial en el barrio significa para la pandilla no sólo salvaguardar el *único* espacio que tienen jóvenes populares y migrantes deportados en realidad, sino además indica el surgimiento de la pandilla como enclave social en el país.